

Francisco Diez de Velasco

Breve historia de las religiones



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2006
Segunda edición, revisada y actualizada: 2014
Tercera reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Francisco Diez de Velasco Abellán, 2006, 2014
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2006, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-8962-3
Depósito legal: M. 15.936-2014
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 1. ¿Qué es la religión?
- 11 Los problemas de definición
- 16 Los dos ámbitos de la religión
- 21 La multiplicidad de la religión
- 24 Los problemas de clasificación
- 31 Orientaciones bibliográficas

- 35 2. Las religiones étnicas
- 35 El concepto de religiones étnicas
- 39 Las primeras religiones
- 45 Ritos e identidad étnica
- 51 Seres sobrenaturales y especialistas en la religión
- 56 Economía de las religiones étnicas
- 63 Geografía de las religiones étnicas: el ejemplo africano
- 69 Las transformaciones de las religiones étnicas
- 76 Orientaciones bibliográficas

- 80 3. Las religiones imperiales
- 80 El concepto de religiones imperiales
- 83 Las primeras religiones imperiales: Egipto y Mesopotamia
- 90 Las religiones imperiales americanas

95	La religión imperial china y el confucianismo
103	El modelo imperial y su perduración
109	Orientaciones bibliográficas
112	4. Las religiones nacionales
112	El concepto de religiones nacionales
116	Identidad en la diferencia: el ejemplo de la religión griega antigua
124	Asimilación y acumulación: el ejemplo de la religión romana antigua
131	El judaísmo
146	El mazdeísmo
150	El sintoísmo
154	Orientaciones bibliográficas
158	5. Las religiones universales
158	El concepto de religiones universales
161	El hinduismo
170	El budismo
178	El jainismo
181	El taoísmo
186	El cristianismo
202	El islam
215	El sijismo
218	Orientaciones bibliográficas
222	6. Las religiones modernas
222	El concepto de religiones modernas
225	La religión, los marcos de la modernidad y sus descontentos
232	De la diversidad religiosa a la multirreligiosidad

237	La religión que se desvanece: entre la individualización y el ateísmo
241	Antiguas y nuevas religiones
248	Los conflictos y la religión
260	Orientaciones bibliográficas
264	7. Las religiones del futuro
264	Los problemas de la reflexión sobre el futuro
266	El crecimiento del papel de las religiones
272	Los cuatro modelos de religión en el futuro
280	Las religiones en la construcción de un modelo de convivencia global
287	Orientaciones bibliográficas
290	Índice analítico

1. ¿Qué es la religión?

Los problemas de definición

«Religión» es una palabra que comprendemos de un modo que puede parecernos casi intuitivo, que nos acompaña desde la infancia. Podemos llegar a creer que su significado tendría que resultar obvio para cualquier persona, pero se trata del espejismo de la primera aproximación. Hay colectivos humanos que desconocen la palabra y el concepto, que no diferencian entre lo que nosotros denominaríamos como comportamientos o creencias religiosos y lo que serían comportamientos o creencias que definiríamos como no-religiosos. En algunas sociedades, por ejemplo muchas de las étnicas, los comportamientos económicos y los religiosos están tan imbricados que resultan casi inseparables. La diferenciación entre sagrado y profano no resulta pertinente en algunas ocasiones y contextos, y exige que pongamos en duda alguna de

nuestras ideas de «modernos», acostumbrados a separar religión de política o economía.

Lo que entendemos por religión tiene mucho que ver con el «nosotros», con la identidad, que se enseña y se construye socialmente. Y cada cual tiende a definir la religión según las pautas que marca su propia cultura, la que aprendió y en la que vive, por muy globalizado y abierto que sea el contexto en el que discorra su vida.

En este punto se plantea el primer gran problema si lo que intentamos es avanzar más allá de la jaula que conforman nuestras certidumbres y preconceptos.

Si queremos lanzar una mirada comprensiva hacia un universo complejo como es el de las religiones, marcado por la diversidad, tanto en el pasado como en el presente, necesitamos abrirnos a la diferencia, a la posibilidad de que otras culturas entiendan o hayan entendido de un modo diferente aspectos fundamentales de lo que denominamos como religioso.

Éste es el enfoque que suele caracterizar a la historia de las religiones como disciplina: la búsqueda de territorios comunes, basados tanto en la comparación que enriquece el conocimiento de una religión determinada (por lo que se asemeja, y también se diferencia, respecto de otras), como en el punto de vista mundial, que entiende cada religión dentro del conjunto múltiple de las sociedades humanas a escala global. Aunque siempre es necesario tener en cuenta el equilibrio en el tratamiento de todas, sin privilegiar de modo arbitrario ninguna de ellas, a la vez se requiere también potenciar la sensibilidad respecto de la proteica diversidad en el tiempo y en el espacio que caracteriza a las religiones, sobre la que ha

1. ¿Qué es la religión?

de construirse cualquier definición que busque servir más allá de una o unas pocas de ellas. Se trata, en cualquier caso, de hallar caminos que no asuman la preeminencia de una religión o cultura a la hora de estudiar las demás: hay que resistirse a la tentación de pensar las demás con los instrumentos para definir y discurrir que ofrece la propia.

Debemos, pues, abrirnos a una mirada que ha de intentar ser lo menos religiocéntrica posible. El religiocentrismo se convierte, por tanto, en un concepto clave sobre el que reflexionar y en un gran escollo que sortear, puesto que actúa como un filtro de nuestra percepción que se construye por medio del peso de nuestras creencias, de nuestras ideas religiosas, pero también de nuestras sospechas o nuestra increencia, y que distorsiona según el molde de nuestros deseos o nuestras expectativas; que simplifica, pero también engaña.

Definir la religión resultaría desde luego muy sencillo si lo hiciésemos de un modo religiocéntrico, centrando el foco desde «nuestra» propia herencia, por ejemplo la del monoteísmo, con un Dios creador por medio del cual todo se explica y que comparten una buena porción de la humanidad que se identifica como cristiana, musulmana o judía (entre otros). Pero la exigencia no religiocéntrica nos obliga a buscar una definición que sea capaz de reflejar, por ejemplo, la multiplicidad de divinidades que caracteriza a muchas formas del hinduismo o a buen número de religiones étnicas, aunque sin optar por el fácil recurso de pensar que todas se resumen en última instancia en una sola, o tener en cuenta también a las religiones que convierten en divinidades hasta las más míni-

mas manifestaciones de lo natural o de lo social, como ocurre en el sintoísmo, sin reducir estas presencias sobrenaturales a espejismos, ilusiones o desvaríos de la fe (o superstición) popular. Requiere también que seamos sensibles a la presencia de divinidades que antes fueron seres humanos o que reflejan conceptos funcionales (el Primer o Divino Agricultor, por ejemplo), como ocurre en el confucianismo, sin enjuiciarlas como patrañas imaginarias.

O lo que resulta quizá aún más difícil: afrontar el complejo reto de la inexistencia o el desinterés por Dios o los Dioses, que define el punto de vista de algunas escuelas del budismo o del jainismo, pero teniendo buen cuidado en no intentar retorcer la documentación hasta que consigamos que refleje algo más aceptable que la paradoja de unas religiones en ocasiones definidas –incluso por parte de algunos de sus seguidores– como ateas. Hay que intentar soslayar la tentación de llegar a pensar de todas ellas que no serían verdaderas religiones, o que no lo son en la misma medida que aquellas que conforman «nuestras» creencias o caracterizaban las de nuestros antepasados, como si las «otras», las de los «otros», fueran religiones de segunda, que se explican desde la mayor perfección de la «propia».

Hay, además, una cierta tendencia del pensamiento, muy común, que podríamos denominar «evolucionista», que plantea otro de los escollos para alcanzar una definición coherente de lo que sería «religión», según los criterios que estamos planteando. Consiste en enjuiciar nuestra sociedad y sus productos culturales e ideológicos (también nuestras religiones o nuestras increencias)

1. ¿Qué es la religión?

como la acabada perfección, ante la que lo demás son aproximaciones que todavía no han llegado a su (nuestra) meta. Complaciente satisfacción respecto de nuestras propias creencias, que también tiende a ordenar las religiones de más a menos evolucionadas, que puede negar la denominación de «religión» a lo que, por ejemplo, al nombrarlo como «magia», se intenta situar en un eslabón inferior, o que se atreve a enjuiciar a algunas religiones, y en especial al islam, como incapaces de adaptarse a las necesidades de la convivencia presente (diferenciando así entre buenas y malas religiones, modernas y atrasadas) y que hasta incluso prefiere adjudicar a otras el término «filosofías» y «no-religiones» (por ejemplo, al budismo o al confucianismo), haciéndolas de menos, reduciéndolas y escamoteándolas.

En todos estos casos anteriores, «religión» se definiría de modo insatisfactorio por hacerlo desde preconceptos. Pasar por encima de ellos resulta tan complicado que no podemos realmente postular una definición coherente y rotunda de «religión» sin tener en cuenta que la variabilidad de sus manifestaciones y que la diversidad de los ámbitos en que se desarrolla (en la actualidad y en el pasado) resultan elementos fundamentales para entenderla. Intentar hacer una definición en esas condiciones inseguras resulta una labor poco útil, ya que los problemas que genera superan las ventajas que ofrecería, de ahí que junto a los centenares de definiciones de «religión» con los que contamos (y que evidencian el fracaso de cualquier consenso al respecto) haya habido grandes pensadores, como es el caso por ejemplo de Max Weber, que hayan apostado por renunciar a la comodidad de una

definición para así poder mejor abrirse a la variabilidad de lo que podían encontrar a lo largo de sus estudios, análisis y reflexiones.

Los dos ámbitos de la religión

«Religión» se puede pensar, entre otras posibilidades, desde la referencia a las dos acepciones etimológicas latinas con las que entronca: la que haría derivar la palabra de *religare*, que podría traducirse como ‘unir’, y la que lo derivaría de *relegere*, que podríamos entender como ‘releer’ o ‘estudiar’ o ‘analizar con cuidado’. La última tendría que ver principalmente con el territorio íntimo de piel para dentro; la otra se referiría a aquello que crea lazos con lo que está fuera, ya se trate de lo social o, desde una lectura creyente, de algún ser sobrenatural.

Esta referencia a la etimología no se debería enjuiciar como una mera divagación erudita sino como un instrumento para pensar, y nos sirve para ejemplificar que, de antiguo, quedaba de manifiesto que la religión se evidenciaba en dos ámbitos muy diversos, aunque interconectados. Por una parte, el que radica en el interior, hecho de silencios y que es quizá el menos fácil de estudiar porque podemos carecer en muchos casos de documentación y metodología adecuada para analizarlo. Por otra, el exterior, que interconecta con los demás, se caracteriza por ser expresión, se construye por medio de acción y práctica social y del que tenemos la documentación más abundante.

La religión interior se enclava en la cognición, un territorio de interpretaciones inseguras, pues presenta un ni-

1. ¿Qué es la religión?

vel de inexplicabilidad, de irreductibilidad, que radica en la propia dificultad para transmitir por medio del lenguaje logocéntrico (aquel que se construye por medio de palabras) lo que se experimenta en un nivel diferente. Un buen ejemplo lo ofrecen las experiencias que denominaríamos «místicas» y que se testifican en un gran número de religiones. Cuando se intentan expresar en palabras, por ejemplo por parte de escritores místicos, ellos mismos son conscientes de que están proponiendo una aproximación necesariamente parcial. Falta una adecuada intermediación lingüística para expresar algunos de los territorios de la religión interior, que quizá se muestran de un modo más certero por medio de imágenes o de símbolos. Pero justamente estudiar la religión es principalmente tener que intentar adecuarla a palabras, a un discurso dotado de lógica.

Chocamos con un escollo que nos vuelve a ilustrar la dificultad de alcanzar una definición aceptable de religión: hay componentes fundamentalmente indefinibles en ella, que justamente tendemos a soslayar, por lo que nuestras aproximaciones y definiciones suelen primar la facilidad. De todos modos, cabe una escapatoria a esta dificultad que parecería incontornable: corporizar nuestro punto de enfoque. La interfaz que conecta el interior y el exterior es nuestro cerebro; la religión, hasta la más recóndita, radica en su interior, en las circunvoluciones de esa topografía, y se construye por medio de neurotransmisores.

Las experiencias religiosas, hasta las más extáticas y místicas, son también bioquímica. Aunque puedan ser inexpresables con palabras, su «misterio» se puede in-

vestigar cada vez mejor gracias a las ciencias del cerebro, uno de los campos del saber más fascinantes y en más vertiginosa expansión, y cuya especialización en este tema algunos denominan «neuroligión». Así, el laboratorio se convierte también en un lugar de trabajo para el estudio de la religión y, por medio de la estimulación transcraneal de ciertas áreas del cerebro, se puede llegar a desencadenar estas experiencias interiores y avanzar en su estudio, generándose un mapa del conocimiento que puede ayudar, justamente, a construir una definición diferente y quizá más precisa de religión.

Si bien la religión se vehicula a través del cuerpo físico, también lo hace por medio del cuerpo social. Está hecha de interacción con los otros, combina los silencios interiores con los movimientos y las palabras cargadas de significado. Y si las experiencias interiores se rigen por detonantes últimos (o primeros) comunes a todos los humanos y se formulan por medio de combinaciones químicas comparables, cuando se socializan lo hacen según pautas culturalmente diversas. Los ojos miran, pero la interpretación se hace según esquemas diversos, en diferentes marcos lingüísticos, simbólicos, culturales.

Es en el ámbito social de la religión donde se construyen los comportamientos colectivos, y donde la religión resulta uno de los vehículos más poderosos de la socialización: se enseña y se negocia en la palestra de lo público. No solo forma una moral de lo privado, de lo íntimo, que se resume, por ejemplo, en tener que rendir cuentas de modo personal a una divinidad con la que se entabla un diálogo. Esa introspección está formada por pensamientos y comportamientos heredados, vinculados a una

1. ¿Qué es la religión?

colectividad que ordena la convivencia también por medio de la religión.

Los ámbitos políticos, en sentido extenso, son fundamentales y no podemos definir «religión» sin tenerlos suficientemente en cuenta. La religión ha actuado y actúa como clave en los mecanismos de sustentación de privilegios de todo tipo. Por ejemplo, entre géneros, cuando se postula la incapacidad, generalmente femenina, para desempeñar ciertos cometidos de índole religiosa; se refleja así la asimetría en las relaciones sociales de poder. Otro tanto ocurre entre grupos de edad, entre grupos sociales. La religión, por tanto, ha sido y es un mecanismo más del desempeño del poder, del control social.

Pero a la vez que construye los privilegios y subalterniza, también es vehículo de las identidades, de puntos de vista comunes que cohesionan las colectividades humanas, aunque lo hagan de modos diferentes. En las religiones nacionales, la identidad la marca el contorno del grupo nacional, excluyendo a los otros. Entre las religiones imperiales, es el soberano y la topografía de su dominio los que marcan la identidad. En las religiones universales, la humanidad toda se convierte en el conjunto portador de una identidad común, sin que quepan exclusiones.

Pero aunque el ámbito de lo social sea más fácil de estudiar y de reflejar en una definición de religión, no por ello lo percibimos sin incertidumbres. Como somos portadores de identidades religiosas y culturales, como no podemos liberarnos completamente del religiocentrismo o el etnocentrismo, al intentar reconocer otras religiones podemos errar los puntos de enfoque. Por ejemplo, al

revisar ciertos rituales o creencias, los interpretamos desde nuestros puntos de referencia, los cargamos de un significado construido desde la analogía con lo que nos es familiar, y lo hacemos desde un rol determinado (el de lector, estudioso, observador, participante externo, por ejemplo); pero otros actores desde roles diferentes pueden darle significados distintos.

Resulta fundamental tomar conciencia de la dificultad que radica en el hecho de que todo acercamiento a la religión en general, y a la diversidad de las religiones en particular, es una aproximación parcial, es una tentativa. Además, la combinación de los ámbitos interior y exterior convierte en personal todo enfoque, intermediado por toda una historia individual de aprendizajes, experiencias y puntos de referencia siempre cambiantes.

Hay que añadir, además, otro factor de distorsión a tener en cuenta: la tendencia moderna a enjuiciar como mejor, más perfectamente religioso, lo que radica en lo individual, lo que no está tocado por lo social y sus intereses y constricciones, que pueden estimarse mezquinos y por tanto infravalorarlos o soslayarlos. Podemos llegar a estimar como más puro el diálogo directo, como el que se hace en la oración individual o el que se construye en la meditación privada, tan valorada en los últimos decenios y que ha llevado al auge de religiones, como muchas de las asiáticas, que le otorgan gran importancia. Se corresponde con la privatización de la religión a la que tiene la modernidad, como veremos en el capítulo sexto, que busca relegarla a lo individual o hasta lo íntimo, de piel para adentro, transformarla en transparente, invisible. Incluso se puede desembocar en un punto de vista

1. ¿Qué es la religión?

que defienden muchos seguidores de los movimientos «Nueva Era» e ideologías afines, que estiman que lo individual no sería «religión», sino «espiritualidad», cargada de valores positivos, mientras que para lo colectivo quedaría la desprestigiada denominación de «religión», que justamente piensan que debería terminar desapareciendo en favor de la perduración exclusiva de lo primero.

Pero desde el punto de vista que se defiende en estas páginas, «religión» sería tanto lo social como lo individual, tanto lo gestual como lo cognitivo, tanto lo que se construye por medio de conductas como lo imaginario, tanto lo que no se expresa bien más allá de los silencios como lo que brilla en lo espectacular y anega los sentidos con imágenes, música, olores, cuerpos y voluntades en movimiento. La religión se caracteriza por la diversidad, por la pluralidad.

La multiplicidad de la religión

Estudiar la religión es adentrarse en la experiencia de la diferencia. La religión como concepto resulta inseparable de las religiones como productos históricos y culturales, que son múltiples, equiparables o quizá más numerosas que las lenguas del mundo, que superan los varios millares. Pero la religión también es identidad, construye semejanza, crea puentes de reconocimiento en el interior de ciertos grupos humanos –caso de las religiones étnicas o las nacionales– y a escala de toda la humanidad, como ocurre con las religiones universales. La religión se manifiesta por tanto en lo global y en lo local. Aparece en una

multiplicidad de soportes de transmisión de información, lo que hace más complejo su estudio. Algunos están hechos de silencio, y aprehenderlos puede necesitar, como hemos visto, incluso de la sofisticación técnica desarrollada por las neurociencias. En otros casos aturde los sentidos por medio de rituales que entran por los ojos y se cargan de colores, movimientos e imágenes, que atruenan los oídos con la música que utilizan, en especial el ritmo, y que anegan el olfato por medio de la presencia de fragancias e inciensos. Pero las aproximaciones que somos capaces de plasmar por escrito son principalmente las que se expresan por medio de palabras, que usan los ojos como interfaz principal y que privilegian lo parecido a sí mismo, es decir, los escritos, los libros religiosos, vehículos directos de creencias e ideas.

A pesar de que no podamos reflejarlo de modo suficiente en un soporte de información estandarizado como es un libro, es necesario tener presente que la religión es también espectáculo, es *performance*, aunque tendamos a privilegiar unas conductas religiosas respecto de otras: se suele analizar menos la escurridiza variabilidad de los rituales y más las facetas políticas de la acción religiosa. Desde luego se trata de intentos de abarcar la complejidad de la religión reduciéndola a límites que nos sean más familiares.

Otro intento de reducción es la tendencia a describir las religiones como en una fotografía, paradas, como si hubiese un momento prístino o perfecto que resume su esencia. Pero las religiones están en transformación permanente, en mutación por desarrollo interior y por acción exterior, por necesidades cambiantes de los diferen-

1. ¿Qué es la religión?

tes grupos que les dan vida, pero también por la acción de personajes notables, de transformadores de las religiones.

Aunque son productos de la historia, y por tanto el cambio es un factor que debe ser reflejado, también hay que tener en cuenta en ellas los valores de la perdurabilidad, de las largas duraciones que hallan en la religión un lugar particularmente destacado de manifestación. Las religiones son resistentes, los mensajes religiosos desafían en ocasiones los milenios, combinan elementos que parecen contradictorios de un modo muy interesante a la hora de intentar construir cualquier aproximación a la complejidad que caracteriza a los seres humanos y sus instituciones.

Las religiones son sistemas culturales y simbólicos que ofrecen explicaciones del mundo que potencian la estabilidad, pero, al mismo tiempo, pueden vehicular fuerzas de desarticulación. Apuestan por la paz pero también utilizan la violencia, sostienen la concordia y la revuelta; y es que las religiones son no solo diversas, sino también multifuncionales, y se manifiestan en una multiplicidad de experiencias y ámbitos, desde el individual y el familiar (donde el culto lo dirige el padre o la madre) hasta el universal, pasando por el étnico, el imperial, el nacional.

Tras estas reflexiones que han intentado contestar a la cuestión de qué es la religión de un modo indirecto –por medio de la acumulación de argumentos más que buscando la rotundidad de una definición que, como estamos viendo, siempre quedaría incompleta–, queda enfrentar el escollo de cómo ordenar tal diversidad.

La argumentación que se expone a continuación, relativa al reto de intentar clasificar las religiones, puede, además, ofrecer ulteriores elementos para caracterizar el cambiante y complejo tema que nos interesa.

Los problemas de clasificación

Clasificar la religión es traicionar su variedad, es intentar reducir la multiplicidad de lo personal, de lo social. Sin duda el resultado sería perder sensibilidad hacia la diferencia. Por ejemplo, hablar del hinduismo como una religión única es renunciar a reflejar las enormes distancias que separan a los seguidores de Vishnú de los seguidores de Shiva, a los fieles del sur de la India de los del norte. Pensar a los cristianos católicos como un conjunto es no tener en cuenta que cada persona entiende la religión de modos distintos, con puntos de vista propios que, desde una óptica de análisis muy estricta, impedirían toda generalización. Pero clasificar, aunque sea caer en algún tipo de reduccionismo, resulta necesario para no dejarse llevar por la tentación de estudiar persona a persona. Y no es por la falta de interés de tal aproximación, pues sería empeñarse en emplear de modo estricto y probablemente muy fructífero la metodología inductiva de análisis que, además, reflejaría más correctamente el ámbito interior de la religión.

El problema radica en la imposibilidad de tal enfoque o, cuando menos, en la extrema dificultad material para llevarlo a cabo. Ni siquiera resulta posible construir aproximaciones que tengan en cuenta la totalidad de las reli-

1. ¿Qué es la religión?

giones del pasado y el presente, porque su número es tan enorme que la reducción también resulta imprescindible.

Clasificar, por tanto, a pesar de reducir, se puede convertir en un ejercicio necesario para intentar ofrecer orden, hacer comprensible, buscar una coherencia que no puede ser más que una elección personal, una mirada propia y por tanto una más de las posibles a la hora de encarar la diversidad de las religiones.

Existen diferentes criterios de clasificación, y repasaremos algunos de ellos porque se tendrán en cuenta parcialmente en este libro, o si se han descartado, requieren una justificación.

Un criterio muy común es el que diferencia religiones «vivas» y «muertas», generalmente porque se descarta a las segundas. En este libro tendremos en cuenta principalmente las religiones que no han desaparecido, que mantienen seguidores y que inciden en nuestro mundo actual, pero no por ello renunciaremos a tratar, aunque sea con una dedicación menor, algunas religiones desaparecidas. Así, por ejemplo, entre las religiones imperiales, a algunas de las más ejemplares –como la egipcia o la inca, que divinizaban a sus monarcas y los estimaban piezas fundamentales en el orden, a la vez social y cósmico– las trataremos con menor detalle que a la religión más característica del sistema imperial chino, el confucianismo, que ha perdurado hasta el presente. Ahora bien: probablemente sin los ejemplos egipcio o inca, sin la mirada hacia el pasado, el confucianismo no justificaría una categoría de clasificación como la de religiones imperiales, de un indudable valor explicativo, y quedaría simplemente ubicada en un criterio, en mi opinión, me-